

y eruditos de la primera mitad del XVIII, se está introduciendo en el pensamiento científico y social español lo que se ha llamado alguna vez el «convoy semántico de las luces y la razón»¹⁷.

Convoy semántico que choca en España con importantes elementos retardatarios, que prestan a la Ilustración española su particular moderación, pero que estructura lentamente una nueva mentalidad y tiene también sus raíces intelectuales propias. Nuestros ilustrados, con una conciencia de solidaridad histórica y un sentimiento de comunidad nacional y, al tiempo, con «sentidas e intensas particularidades», bucean en la exploración del país: de su espacio físico por el que viajan incansablemente, de sus recursos económicos que intentan acrecentar, de sus gentes que procuran reformar, de sus mentalidades que pretenden modernizar, de su patrimonio cultural y artístico que reconstruyen. Dirigismo reformador y valor de la autonomía moral; surgimiento de idea de nación y particularidad y diversidad de las distintas regiones de España, configuran en la investigación y reflexión histórica de Maravall sobre el siglo XVIII aspectos sustantivos de la ilustración española, específicos y a la vez «universales» de toda la problemática europea ilustrada.

Esta inserción de España en Europa y esa continuidad primordial del tejido histórico que no separa bruscamente distintas épocas, sino que a modo de superposición de capas geológicas forman un «conglomerado heredero»¹⁸, con filtraciones y supervivencias de larga duración, que se entremezclan con los cambios e innovaciones, forman la base del convencimiento del historiador Maravall de que, para comprender épocas más recientes es necesario referirlas a lo que las ha precedido.

Y finalmente —escribe en *Espíritu burgués en la Ilustración española*—, me parece indispensable proceder a investigar sistemáticamente los elementos de la mentalidad ilustrada, porque estoy seguro de que nada de lo que en otros planos acontece en la centuria siguiente (los conflictos de clases, las luchas de partidos, el enfrentamiento con el poder eclesiástico, las técnicas de cultivo, el equipamiento industrial, los aspectos de la alimentación humana, etc. etc.), se puede captar en un sentido sin tener en cuenta que en el entramado del proceso histórico que se contempla, figura, como un factor real más —o para ser más exactos, como un factor más, incorporado a la realidad— la herencia ideológica de la Ilustración»¹⁹.

Esto es lo que hace Maravall a lo largo de toda su obra. Esos largos periodos de tiempo entre los primeros atisbos de estar recopilando material sobre un problema específico de una época y sin embargo no verlo publicado hasta muchos años después, se explican en función de ese entramado histórico que para él es indispensable conocer y relacionar. Alguna vez manifestó explícitamente cómo su primer libro sobre el siglo XVII, que pese a su buena acogida en la comunidad científica no volvió a reeditar (en realidad, lo reescribió una y otra vez hasta resultar *La cultura del Barroco*), le llevó hacia atrás, hacia la investigación de nuestro Renacimiento (cuya visión, como señalara el Padre Batllori²⁰—, contribuyó a transformar decisivamente) y, al sumergirse en los siglos XV y XVI, se sintió obligado a bucear en aspectos de la Edad Media hispana. Así, toda su obra, su treintena de libros y sus casi doscientas monografías, se nos aparece como infinitas piezas de un vasto tejido en el que, con paciencia de entomólogo, va descifrando caracteres,

¹⁷ «Novatores y pre-ilustrados...», op. cit., «G. Mayáns y la formación del pensamiento político...», op. cit., —La descripción «convoy semántico» en François López, «La historia de las ideas en el siglo XVIII: concepciones antiguas y revisiones necesarias». Boletín del Centro de Estudios del siglo XVIII, n.º 3, Oviedo, 1975, pp. 3-18.

¹⁸ M. C. Iglesias. «Los hombres detrás de las ideas». En Historia y Pensamiento. Homenaje a Luis Díez del Corral. Eudema. Madrid, 1987, vol. II, pp. 83-108.

¹⁹ «Espíritu burgués...», p. 292.— Véanse también: «Novatores y pre-ilustrados...», op. cit., y «G. Mayáns y la formación del pensamiento político...», op. cit., pp. 49 y 63.

²⁰ «José Antonio Maravall». Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CLXXXIV, cuaderno I, pp. 1-13, Madrid, 1987.

²¹ No es, pues, casualidad que el proyecto del libro del siglo XVIII (un cuarto tomo de Estudios de Historia del Pensamiento Español, como antes se dijo), sobre la base de la treintena de monografías escritas, más otros trabajos previstos — sobre Jovellanos muy especialmente; sobre el tema de «Ciencia, economía y virtud» y algunos otros que pueden observarse en el índice que dejó elaborado—, se sitúe, por lo que respecta a su publicación y no a su elaboración, en los últimos años de su vida. Igual ocurre con sus investigaciones sobre los escritores del 98 y la posibilidad de un V volumen de Estudios de Historia del Pensamiento que recogiera los muchos trabajos publicados a lo largo de años sobre autores y temas de los siglos XIX y XX. Su método de trabajo y rigurosa selección dejó inacabados tales proyectos, que sólo muy imperfectamente podemos completar al ir publicando sistemáticamente lo que dejara ya escrito.

²² «Espíritu burgués y principio de interés personal...», op. cit., p. 291.

²³ «La fórmula política del despotismo ilustrado», op. cit., p. 19.

²⁴ Winch, P. The idea of a social science and its relation to philosophy, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1967.

entreverando ciertos cruces de relaciones, pero dejando reposar todo ello para ir paso a paso, pero sin parar un instante, en una continua retroalimentación, que ilumina sectores y facetas de una serie de problemas que obligan a replantear los tópicos sobre una interpretación histórica establecida²¹.

Sustantividad de los elementos mentales

En ese entramado histórico, Maravall insiste una y otra vez en la sustantividad de los factores ideológicos o elementos mentales que configuran la concepción y significación de la realidad para los hombres. Contra todo reduccionismo y contra cierto exceso de una visión economicista de la historia, Maravall señala la importancia de los elementos ideacionales o mentales, no como simples epifenómenos de una previa «infraestructura», sino como auténticos factores estructurales «que pertenecen al mundo de lo real con la misma condición que los que se llaman factores materiales»²². Cuando, a lo largo de su obra sobre el XVIII español, argumenta la continuidad —que no excluye el cambio y la transformación, como se vio— entre el siglo ilustrado y nuestro siglo XIX, se basa en esa necesidad de transformación mental, sin la cual es imposible cualquier otra.

Para llegar a un planteamiento de cambios —escribe en 1985—, dado que es necesario suponer que estos cambios son posibles, hay que pasar por una polémica ideológica, en la que los partidarios de la novedad partan de que una sociedad puede ser reformada, remodelada, barriendo de ella las sombras del pasado y alumbrándola con luz de la razón (...) Se necesita que se desenvuelva en las consciencias una mentalidad según la cual una operación de intervención programada en el mundo social es accesible, difundiendo en un amplio sector una ideología que contenga las nociones que definirían el modelo de sociedad a establecer (...) hoy estamos muy lejos de pensar que una ideología se una especie de espuma despectivamente calificable de superestructural. Una ideología es un eficaz factor de acción real que incide y puede cambiar la estructura de la sociedad»²³.

El dilema de «la conciencia y la existencia» está para Maravall fuera de lugar. Pues, en efecto, sin un sistema de representaciones mentales, nada del llamado mundo real puede ser percibido; éste no se nos presenta en sí, sino que «es para nosotros lo que se manifiesta a través de los conceptos con los cuales pensamos acerca de él»²⁴. Por tanto, los conceptos, las categorías, el lenguaje, forman parte de nuestra propia aprehensión del mundo; dicho de otra manera, el cambio de las palabras penetraría así en la misma estructura de nuestra experiencia de la realidad.

Cambios léxicos y desplazamientos semánticos

Este punto de partida, el convencimiento de estas premisas, explica otros dos puntos importantes del pensamiento de Maravall y de su aportación historiográfica al siglo XVIII español, al que ahora nos estamos refiriendo. Por un lado, la importancia que da a los cambios léxicos y semánticos, como indicadores básicos de transformaciones sociales y de nueva ubicación de ciertas relaciones y visión del mundo circundante. Ya desde esa

primera reseña de Sarrailh señalaba la importancia que tendría hacer un «tratamiento sistemático de categorías con las que construir la interpretación histórica de la Ilustración». En esa línea desarrolla una serie de monografías donde sistemáticamente investiga el desplazamiento semántico de conceptos y categorías claves. Comenzando por los de *nación*, *patriota*, o lo que se entiende por *Historia*, ya desde los primeros artículos sobre Cadalso, Forner, Cabarrús, o el expresivo *Mentalidad burguesa e idea de la Historia en el siglo XVIII*, de 1972, continúa esta línea de investigación con dos términos de la vida económica: la evolución de los vocablos *industria* y *fábrica*, de 1973, y la serie de monografías donde las categorías de *civilización* («La palabra *civilización* y su sentido en el siglo XVIII», escrita en 1974), *felicidad* («La idea de felicidad en el programa de la Ilustración», de 1975), *crítica* y *sistema* (en los artículos sobre Feijoo de 1976), *sensibilidad* (1979), *déspota* y *despotismo ilustrado* (1978), *interés personal* (1979), *naturaleza* (1980), son exploradas sistemáticamente en su evolución histórica. Todos los escritos de los años ochenta estarían, en mayor o menor medida, atravesados igualmente por el estudio de los desplazamientos semánticos de categorías como *sociabilidad*, *educación*, *utilidad*. En conjunto, toda una red categorial ha quedado analizada a lo largo de veinte años, proponiendo una serie de nuevos caminos por donde investigadores de muy distintos campos historiográficos pueden encontrar nuevas perspectivas.

Espíritu burgués y burguesía

Pero hay otro aspecto también importante, como se decía anteriormente, que se deriva de la metodología y premisas de las que parte Maravall al considerar los elementos ideacionales o mentales como parte sustantiva (ni superior ni inferior; simplemente pertenecientes a la realidad) de todo el entramado histórico. Supone éste la puesta en cuestión de uno de los dogmas, explicativos pero simplificadores, más extendidos acríticamente en los años en que Maravall comienza a publicar (que no a elaborar, como hemos visto) sus trabajos sobre el dieciocho español: el problema de la existencia de una burguesía que en Europa impulsaría la Ilustración y que en España apenas existiría, explicando ello la debilidad de las reformas ilustradas.

No hay, sin duda —conviene nuestro historiador— en nuestra estructura social un compacto grupo de burguesía en la Península. Quizá —puntualiza— no se pueda hablar de ella en parte alguna, si pretendemos encontrarnos con un grupo solidario que avanza conscientemente hacia el poder, en una marcha ascendente²⁵.

En la misma línea de algunos investigadores dieciochistas extranjeros, como Barber o Stone o Norman Hampson, entre otros, y de la vanguardia de historiadores españoles (Domínguez Ortiz, Anes, Herr, Artola), Maravall orienta su investigación hacia este problema de la existencia de tal burguesía y de su alcance y actitud, para llegar a la conclusión de la necesidad de separar lo que se pueda entender por «clase burguesa» o «burguesía» de una mentalidad que pudo presentar unos rasgos calificadores burgueses sin pertenecer socialmente a una determinada clase. Recogiendo desde su reseña del libro de

²⁵ «Espíritu burgués y principio de interés personal...», op. cit., p. 294.